

El voto

Puestos a valorar el proyecto de acción de un partido político, lo mismo vale el voto del ministro de economía que el de un avaro o un pródigo, lo mismo el del ministro del interior que el de un terrorista o un asesino, lo mismo, en fin, el del presidente del gobierno que el del más ignorante de los analfabetos.

Si el electorado estuviera compuesto por catedráticos de ciencia política, los partidos se abstendrían de intentar seducirlo con promesas imposibles, información interesada o comparecencias extemporáneas que apelan a los sentimientos más hondos de la ciudadanía, pero, por fortuna, el electorado está compuesto por ciudadanos comunes y corrientes, y los partidos intentan convencerlo como se ha hecho siempre en todo juego de seducción, poniéndose más guapos de lo que son, mostrando al adversario más feo de lo es, halagándolo y mezclando la verdad y la mentira. No otra cosa ocurre en ciertos ámbitos de la justicia: cuando los abogados se dirigen a un tribunal de jueces profesionales, intentan demostrar la inocencia de su defendido; cuando se dirigen a un jurado popular, lo que intentan es seducir a los individuos que lo forman.

El electorado no está compuesto por los mejores, ni por los más listos, sino por el pueblo, para lo bueno y para lo malo. Y el pueblo es impresionable. Cuando las izquierdas perdieron las elecciones de 1933, hubo quien achacó esos resultados a la influencia del voto de las mujeres, que acudían por primera vez a las urnas, voto menos formado políticamente, más conservador y más manipulable. Quizá fuera cierto, pero eso no le quitaba ni un ápice de valor. Tampoco pierde valor el voto de los españoles del día 14 de marzo, por muy en estado de shock que se haya emitido, por muy vulnerables que fueran los electores a las maniobras de unos y de otros.

Juan Bosco Castilla